

*Salvador Allende, revolutionary democrat* – por Victor Figueroa Clark. London, Pluto Press, 2013, 164 p.

Reseñado por José del Pozo, dep. de historia, UQAM

Aunque el gobierno de Salvador Allende, presidente de Chile entre 1970-73 ha sido el objeto de múltiples estudios desde su trágico y violento fin, sólo en los últimos años han aparecido algunos estudios de tipo biográfico, dedicados a analizar el conjunto de la vida del líder socialista, el último de los cuales es el grueso libro del historiador Mario Amorós, de más de 600 páginas, publicado en 2013. Todos esos libros están en español, por lo que el estudio de Figueroa Clark viene a llenar un vacío, permitiendo al público de habla inglesa tener un acceso directo al tema, lo que constituye un mérito.

Cierto es que si se compara este libro, de dimensiones limitadas – sólo 164 páginas- y apoyado exclusivamente en fuentes secundarias, con las anteriores biografías, basadas en una gran cantidad de fuentes primarias, tanto orales como escritas, hay que concluir que su vocación es de divulgación y de síntesis, y el lector no debe esperar encontrar elementos nuevos de análisis. Además, Figueroa Clark da muy escasos detalles sobre sus motivaciones y sobre la investigación que llevó a cabo para escribir el libro. Sólo sabemos que estuvo en Chile, donde se documentó en el archivo de la fundación Allende, y que tuvo contactos personales con Jorge Arrate, ex ministro del gobierno de la Unidad popular. Nada sabemos de su origen personal, aunque su nombre y la dedicatoria del libro hacen pensar que es chileno.

Pese a estas limitaciones, el libro de Figueroa Clark tiene varios aspectos meritorios. Aunque el autor es claramente favorable al personaje estudiado, su estudio entrega una visión equilibrada y metódica sobre la vida y obra del presidente socialista chileno, permitiendo a los lectores seguir paso a paso las etapas de su trayectoria, insertándolo en la evolución histórica de Chile. Hay pasajes sobre los cuales se echa de menos un análisis más acabado, con uso de fuentes de la época, como por ejemplo cuando analiza el significado de la participación de Allende en el gobierno del Frente popular (FP) de 1938, donde ocupó el cargo de ministro de salud. Figueroa cita una declaración muy posterior de Allende sobre ese episodio, afirmando que el FP había sido “sólo un paso” en el proceso de liberación nacional de Chile (p.38), dando a entender que ya en ese año él sabía que había que ir más lejos. Pero ese juicio fue emitido en 1971, cuando ya era presidente, por lo que su valor como juicio histórico es dudoso. Hay un pasaje muy poco claro acerca de la Ley de defensa de la democracia, que ponía en la ilegalidad al partido comunista, en 1948, y a la cual el líder socialista se opuso. Según el autor, esa ley significó, para Allende, “completar un proceso de evolución ideológica en el cual entreveía la revolución pacífica, un camino chileno al socialismo” (50) El lector no llega a comprender la relación entre ambas cosas.

Al analizar los tres años de la Unidad popular, el autor destaca aspectos no siempre bien considerados en otros estudios, como las tentativas de Allende por negociar con la Democracia cristiana, no sólo en vísperas del golpe, sino al

comienzo de su gobierno. Cita una hipótesis interesante de Verónica Valdivia, para explicar cómo Allende intentó abordar la difícil integración de los militares a su gobierno: el presidente creía que los uniformados aceptarían más su gobierno en la medida en que la economía progresaba, ya que ello les daría más recursos para cumplir su misión profesional (118) En cambio es más que cuestionable el juicio que emite sobre el golpe de estado de 1973, atribuyendo la responsabilidad principal a Estados Unidos, ya que, afirma, sin ese apoyo la derecha chilena no hubiera podido derribar a Allende, y sin esa intervención la Democracia cristiana hubiera “probablemente” aliado a la Unidad popular (144-145). Ambas hipótesis son difíciles sino imposibles de probar, especialmente la primera. La derecha contaba con medios económicos, ideológicos e institucionales suficientes para hacer la vida imposible a Allende, con o sin el apoyo de Washington.

El libro se completa con dos breves capítulos sobre el Chile post-golpe, uno de ellos sobre la época de la dictadura y los años de la Concertación, y otro donde el autor intenta resumir el significado de la obra y el legado político de Allende. Su idea central es que el presidente socialista no fue ni un reformista ni un socialdemócrata, sino un revolucionario sui generis, que propiciaba un “socialismo no dogmático”, y que no quiso construir sobre las ruinas, sino sobre los “sólidos cimientos del pasado” (141) Es muy posible que tal haya sido la intención de Allende, pero como el autor lo explica, el presidente nunca pudo convencer a todos los partidos que lo apoyaban de la justeza de su estrategia y la Democracia cristiana no vaciló en aceptar la destrucción del sistema democrático a fin de contribuir a derribarlo, todo lo cual hace concluir, hoy en día, que su proyecto estaba condenado al fracaso. Figueroa pisa terreno más sólido al completar su análisis, cuando afirma que las experiencias de gobiernos opuestos al neoliberalismo al comenzar el nuevo milenio como los de Correa, Chávez y Morales, así como las recientes movilizaciones sociales en Chile a favor de reformas sociales muestran que las ideas de Allende no han quedado en el olvido.